

UN INSTITUTOR BENEMERITO (1)

(D. RICARDO CARRASQUILLA)

Hermosas festividades son en verdad las que, como la presente, reúnen á profesores y á discípulos para hacer pública manifestación de cariño y presentar sus votos al maestro y al amigo. En años anteriores han tomado parte en ellas los jóvenes estudiantes, fundada esperanza para el porvenir, y los profesores que han dado ya fruto abundante y sazonado. Cuando se me designó para prestar mi contingente en esta noche, bien sabía yo que mis palabras, sencillas y desprovistas de las galas de la elocuencia, no habían de contribuir al lucimiento de la fiesta; pero pensé al mismo tiempo que ciertos honores no pueden rehusarse, más si se tiene en cuenta que con el honor se confunde el cumplimiento de un gratísimo deber. Y él es para mí imperioso: en los albores de mi juventud tuve el honor de ser discípulo del Sr. Dr. Carrasquilla, más tarde he sido por él favorecido con repetidas muestras de bondad, y así, al través del tiempo, ha crecido mi deuda de gratitud.

Al tributar sincero homenaje de reconocimiento al Sr. Rector del Rosario lo rindo también á una memoria venerada y que va unida á los mejores años de mi existencia. Quiero hablar del maestro inmejorable, del filósofo cristiano, del varón justo que se llamó Ricardo Carrasquilla. Para el Sr. Dr. Carrasquilla fue, según sus propias palabras, "la persona que más ha amado después de Jesús y de María, y al igual de su dulce madre terrestre, el único compañero de su niñez, el camarada único de su adolescencia, el solo amigo de su juventud, el preceptor que tuvo desde que abrió la cartilla hasta que pisó los benditos claustros del Seminario." Bien está, pues, el hacer recuerdo en esta ocasión del que estuvo unido por tan estrechos lazos á aquel cuyo onomástico celebramos.

(1) Discurso en una velada literaria en el Colegio del Rosario.

Los que fuimos discípulos de D. Ricardo Carrasquilla recibimos favor especial de la Providencia. Las lecciones de tan distinguido maestro dejaban huella profunda en el alma, de decisiva influencia en el curso de la vida, y no podía ser de otro modo, ya que eran dictadas por él, "cuya fe religiosa fue el eje de toda su existencia, el móvil de todas sus esperanzas," como dice uno de sus biógrafos: fue D. Ricardo, que así lo llamábamos sus discípulos, renovador de la enseñanza secundaria entre nosotros y puso en práctica sistemas preconizados hoy por los modernos pedagogos, adivinados por él. La persuasión, el honor y la conciencia del deber eran los medios de estímulo que usaba, no el temor al castigo, que corporales no los empleó, aun en época en que estaban en boga. Para sus discípulos fue amigo y compañero, y su interés los seguía más allá de los claustros del Colegio. Prueba de lo acertado de sus métodos y de la bondad de su enseñanza, la dan las varias generaciones que él educó; entre ellas se encuentran numerosos ciudadanos que han dado brillo y honor al suelo que los vio nacer.

Lo que acabo de decir, pálido esbozo, ligerísima enumeración de algunas de las muchas cualidades que á D. Ricardo adornaban, es aplicable en todo á su digno hijo, el Sr. Dr. Carrasquilla. Cómo supo éste asimilarse las enseñanzas de su guía y de su amigo, lo sabéis mejor que yo los que tenéis ocasión de seguir su diaria labor y de aprovechar sus esfuerzos en pro de la ciencia y de la virtud. Hasta su elocuencia, tan llena de claridad, privilegio éste de la raza latina, que disimula lo profundo del pensamiento ó lo hace comprensible con el método en la exposición y lo sobrio de las palabras, es herencia del que poseyó en alto grado el privilegio de conmover á sus oyentes.

Adornado con tan valiosas dotes, empapado en la doctrina del Maestro de Aquino y revestido con el carácter de ministro de Cristo, fue el hijo de tan ilustre padre colocado en buena hora á la cabeza de este Colegio Mayor, á cuyo

bien ha dedicado su tiempo, su ciencia y su decidida vocación para la noble tarea de formar el espíritu de la juventud. Sus esfuerzos han sido recompensados y el Colegio del Rosario es, sin duda, de los primeros, si no el mejor de los establecimientos de su clase en la República.

“Ciencia sin conciencia es la muerte del alma,” y este aforismo de un viejo escritor francés, está en lo cierto. La ilustración sin la luz del juez que está dentro de nosotros, sin base de firmes ideas morales, es arma puesta en manos de niños, medicina venenosa manejada por curanderos empíricos; en vez de servir para la defensa de los grandes intereses sociales los ataca, no da la salud sino la muerte. Por eso en este Instituto se enseñan las ciencias y las letras, pero se atiende de manera especial á la ciencia del bien, fundada en las doctrinas del que las selló con su sangre en vil madero. No se trata de formar únicamente sabios, es preciso que á los conocimientos se úna la virtud en su más alta acepción; es decir: fuerza, justicia, respeto por la ajena y la propia dignidad, amor á los semejantes, á la Patria y á Dios.

Se fundó el Colegio del Rosario para los nobles de otro tiempo; la República acabó con esa nobleza, pero quedó la que nadie deja de reconocer, la que consiste en la virtud y el talento. A ella se rinde culto en estos claustros venerables y se quiere que produzcan uno de los más hermosos frutos de la civilización cristiana, algo desconocido en las edades paganas: lo que expresan las palabras: *caballeros cristianos*. A cultivar el sinnúmero de virtudes que se necesitan para merecer ese dictado, y á desarrollar las múltiples prendas de corazón y de carácter que el mismo supone, se encamina la educación que aquí se imparte. Calificado está para darla quien tiene, puede decirse, esas prendas de la sangre, como que descende de varones que en las armas, las letras y las faenas sublimes de la caridad mostraron bien á las claras que pertenecían á la nobleza, por todos respetada, de que acabo de hablar.

Fue este Colegio Mayor semillero de sabios y de mártires de la Patria, y factor importantísimo en nuestra Independencia; de sus aulas saldrán quienes figuren entre los maestros del porvenir, los legisladores del mañana, los que han de ejercer la augusta función de administrar la justicia á los hombres en nombre de la República y por autoridad de la Ley, y ¿por qué no? quizá el que rija más tarde los destinos de Colombia. Para ello adquieren aquí verdadero espíritu de patriotismo, no el que se manifiesta en palabrería que el viento arrebató, sino el que consiste en el esfuerzo constante por el bien de la común madre. No han de ser juguete de las corrientes populares, sino directores de las mismas, y sabrán oponerse á ellas cuando pugnen con sus convicciones. Conocerán sí, por propia y dura experiencia, cuán falaz es lo que se llama popularidad; pero en vez de los aplausos de las multitudes hallarán la aprobación de su conciencia y el respeto de los buenos. Bien podrá decirse del que así proceda, recordando las palabras del gran trágico inglés: “¡este fue un hombre!”

Quien dirige la educación hacia esos hermosos ideales y ocupa hoy la silla rectoral de este casi tres veces secular plantel, puede estar seguro de que su labor será respetada por las mordeduras del tiempo. A ella se deben reformas importantes en los estudios, renovación en la parte material del edificio, la estatua del ilustre fundador y algo que superará en duración, por sus consecuencias, á lo enumerado: la altura moral en que está hoy colocado el Colegio.

Porque aplaudimos la obra del Sr. Rector y la agradecemos, porque tiene él el afecto de nuestros corazones, estamos aquí congregados en su honor. ¡Quiera el Cielo mantenerlo en la tierra por muchos años, para la prosperidad de este Instituto, y para bien de las almas y de la Patria!

EDUARDO RESTREPO SAENZ